

circunstancias importantes: creció sin un padre, estaba enfrentada a su madre frívola y se refugió en los libros. A los 14 años había devorado colecciones de clásicos y había leído más que su profesora de literatura. Esto incrustó en ella la idea de que el canon era algo serio, el cimiento de una idea noble para escalar en cotas de progreso e inteligencia.

«Hay un hecho interesante en su vida», indica Moser. «Tuvo alguna clase de relación con todas las personas clave de la cultura de su tiempo. Conoció a Thomas Mann de adolescente en Los Ángeles, a Sartre cuando vivió en



NO ES UNA HAGIOGRAFÍA. EL LIBRO HABLA TAMBIÉN DE SU ROL CONTROLADOR Y COBARDÍA

“AHORA LAS MUJERES ESTÁN EN TODOS LOS ÁMBITOS CULTURALES, ELLA ANTES ESTABA SOLA”

TUVO UNA RELACIÓN CON PERSONAS CLAVE DE LA CULTURA COMO THOMAS MANN Y JEAN-PAUL SARTRE”

Francia, a Bergman cuando fue a Suecia...». Todas esas mentes explicaban el mundo a través de la alta cultura y sus ramales: la política, la ciencia...

Sontag aspiraba a lo mismo y saltó un muro por entonces casi infranqueable, el que obstaculizaba el paso, en los 60, de las mujeres al mundo académico y editorial. Con menos de 30 años ya daba clases en Columbia, escribía en revistas como *Partisan Review* o *New York Review of Books*, y se convirtió en una estrella —expresión que su biógrafo cree pertinente— con su ensayo *Notas sobre lo camp*.

Moser equipara a Sontag con las grandes divas de su tiempo: Jackie Kennedy, María Callas... Era ese perfil de personaje público, de un atractivo magnético, de una gran autoridad que intimidaba, de una

modernidad que todavía hoy colea. Y, como todas las divas, tenía sus aspectos geniales y todo tipo de ángulos espinosos en su personalidad que configuran la parte negativa de cómo se le percibía en sus años gloriosos.

Moser no ha querido escribir una hagiografía de Susan Sontag, sino un retrato ponderado en el que también se da cuenta de su dificultad para devolver el amor que le dedicó su última pareja estable, la fotógrafa Annie Leibovitz, su rol controlador y traumatizante como madre de su hijo David, que tuvo a los 19 años con el profesor Philip Rieff durante un matrimonio fallido, o su dependencia durante años del tabaco y las anfetaminas. Por no hablar de su pobre higiene personal y su cobardía para salir públicamente del armario y luchar en favor de los derechos de gays y lesbianas.

Sin embargo, muchos de sus escritos transformaron el mundo. *Sobre la fotografía* y *Contra la interpretación* ayudaron a elevar el arte gay, la imagen fija y el cine al estatus de alta cultura —«en una época en la que la alta cultura era Dante o Shakespeare, pero no Godard»—, y sobre todo se convirtió en una interlocutora atendida por la clase media que, aun sin una fuerte formación cultural, tenía la aspiración de crecer en referentes y encontraba en Sontag una presencia carismática que frecuentaba fiestas y óperas —de ahí su estatus de estrella y diva—, además de una divulgadora que también iba a la guerra del Vietnam o asistía a la caída in situ del muro de Berlín.

El interés por Sontag se mantiene porque sus logros se han fortalecido —«ahora las mujeres están en todo el ámbito intelectual, antes era ella sola»—, a la vez que sus miedos, sobre todo la pérdida de autoridad de nuestra tradición cultural para otorgar un marco moral al mundo, se van haciendo realidad cuando las masas hablan sin formación, se extiende la mentira y se degrada el debate público. Por eso, las 800 páginas de Moser, que con otras vidas serían una extensión suficiente para agotarlas, en este caso sólo rascan la superficie de una mujer genial, caótica, actualísima e irreplicable.